

... .. Asignatura a lenguaje, título La Celestina, autor Sagrario Rodríguez Montalvo, fecha de emisión 1 de febrero de 1983. ... Señor, Sempronio a una puta vieja alcolada daban aquellas porradas. Calla, calla malvado que es mi tía. Corre, corre, abre. Siempre lo vi que por huir hombre de un peligro cae en otro mayor. ... Por encubrir...

yo este fecho de pármemo a quien amor o fidelidad o temor pusieran freno cae en indignación de ésta que no tiene menor poderío que dios porque señor te matas porque señor te acongojas tú piensas que es vituperio en las orejas de ésta el nombre que la llamé no lo creas que así se glorifica en leo ir como tú cuando dicen diestro caballero escalisto y además de esto es nombrada y por tal título conocida si entre 100 mujeres va alguno dice puta vieja sin empacho luego vuelva la cabeza y responde con alegre cara en los convites en las fiestas en las bodas en las cofradías en los mortuorios en todos los ayuntamientos de gentes con ella pasan tiempo si pasa por los perros aquello suena su ladrido si están cerca las aves otra cosa no cantan si cerca los ganados balándolo pregonan si cerca las bestias rebuznando dicen y puta vieja

Lo que acabamos de oír es una etopeya, un retrato moral de la Celestina personaje central de una obra que por su calidad literaria y originalidad ha merecido, después del Quijote, ser considerada la cumbre de las letras hispanas El alumno debe saber que la obra no fue titulada por su autor con el nombre de esta alcahueta y hechicera sin par El título real es Trágico Media de Calisto y Melivea Ahora bien, la fuerza extraordinaria de este personaje la garra que diríamos hoy, no sólo en su descripción sino como luego comentaremos, en su actuación, en su lenguaje, en su humanidad hizo que muy pronto diera ella el título a la obra La Celestina, el personaje de la Celestina es, dice Albor uno de los tres grandes mitos de la cultura hispana española No hay hispanófilo en el mundo que de ella no se haya ocupado

Para dar una idea al alumno de lo que su estudio representa, le diremos que en un congreso internacional sobre ella celebrado, comentar su bibliografía llevó prácticamente una mañana entera. La clasificación de la obra y la autoría continúan siendo un problema. Como se sabe y como reza el título de trágico media, en principio la obra debiera ser catalogada como dramática y por tanto perteneciente al teatro. Sin embargo, don Marcelino Menéndez Pelayo la incluyó en su estudio de la novela española, considerando que tanto su extensión como su ausencia de anotaciones para emplazar la acción la hacían difícilmente representable. En este mismo sentido y pese a ciertas divergencias de criterio con el primer y gran maestro de la crítica literaria española, se manifiesta otra gran ilustre hispanista, Rosa María Lida de Maquiel. La obra pues, pese a su título, puede considerarse como perteneciente al género de noticias. La novela dialogada. Este mismo procedimiento lo ensayó después Pérez Real 2 a finales del siglo pasado.

Está la obra, según se nos presenta en su primera edición conocida, de 16 actos, y lleva por título, no tragicomedia, sino comedia. Esta primera edición data de 1499 en Burgos, y lleva un argumento delante de cada acto o auto. Sin embargo, al parecer, hubo otra edición anterior. La edición más autorizada, no obstante, y que ofrece el texto de la obra tal como hoy la conocemos, data de 1505 en Sevilla. Consta de 21 actos y se llama ya tragicomedia. Lleva una carta del autor, al final seis octavas del editor, y al comienzo unos versos acrósticos. Estos versos acrósticos reproducen en sus iniciales el nombre de su autor y dicen así. El bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calisto y Melibea, fue nacido

en la puebla de Montalbán. Como se ve, dice que la acabó y no que la compuso, que la escribió entera. Para colmo, hay otra edición posterior de Valencia de 1549.

XIV que lleva no ya 21 actos sino 22. El problema por tanto es complejo, pero simplificando las cosas podemos concluir en que, salvo algunos añadidos, los 16 primeros actos pertenecen a Fernando de Rojas porque la visión del mundo que ofrece la obra, según la general interpretación de la crítica, se corresponde perfectamente con su personalidad en lo poco pero altamente significativo que de él conocemos. Fernando de Rojas fue un judío converso que ejerció la carrera de leyes en Talavera de la Reina, en cuya ciudad defendió en pleito entablado ante la Santa Inquisición a su suegro, natural como el de Puebla de Montalbán y como él con antecedentes judaizantes. Existen testimonios suficientes para pensar que estas conversiones en masa no solían ser sinceras. Es natural ya que los que perseveraban en el judaísmo eran expulsados del país, con todas las consecuencias perjudiciales para su economía, a la que tan sensibles sabemos han sido siempre los judíos.

La obra refleja un mundo de valores conflictivos. Su visión del mundo y del más allá es angustiosa y trágica, muy de acuerdo con una filosofía agnóstica nada sorprendente en quien ha perdido la fe en la propia religión sin ser ganado por otra. El argumento de la Celestina es bien conocido de todos. Es la historia de unos amores nacidos en la clandestinidad que acaban en el desastre. Calisto, el enamorado impulsivo de Melivea, al verse desdeñado por la doncella, acude por mediación de sus criados a los servicios de una tercera, una vieja prostituta, para que le ayude a ganarse el frío de su vida. El amor de la muchacha. Celestina, la vieja prostituta y alcahueta, envuelve con sus artes a Melivea y se la entrega rendida al enamorado galán. Las entrevistas clandestinas se suceden entre los amantes, de paso que, en torno suyo, se va a tejer.

el entramado de bajas pasiones de los servidores que acabarán asesinando a la alcahueta, más favorecida según ellos por Calisto y sufriendo la muerte a cargo de la justicia. El desastre de sus criados no arranca Calisto de los brazos de Melivea en un principio, pero al acudir a aclarar la muerte de estos, cae despeñado por el muro del huerto donde ha gozado del amor. Se intercalan aquí los cuatro y cinco actos de las dos últimas ediciones respectivamente que no creemos de rojas por dramáticamente perjudiciales para el efecto trágico del final, que es el parlamento último de Melivea antes de arrojarle desde la torre de su casa seguido del planto funeral de su padre. Fernando de Rojas en sus versos iniciales justifica el desenlace fatal de la obra, arguyendo que concibió la obra. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer. En la parte superior de la imagen, se muestra la imagen de la mujer que se encuentra en la casa de la mujer.

represión de los amantes irreflexivos que acuden a la mediación de alcahuetas y ambiciosos y desleales servidores, mostrando cuán mal suelen acabar los amores locos.

Sin embargo, no ha convencido a nadie en su intención ejemplarizante. No sabemos realmente si la carta inicial es del autor, seguramente no, pero aunque no sea original del converso Fernando de Rojas, sí es interesante que comience esta carta con una frase de Heráclito. Todas las cosas están hechas a manera de gran batalla, *omnia secundum litem fiam*, porque esta es la visión del mundo que obtenemos en la lectura de la obra. La relación de unos personajes con otros está siempre presidida por la confrontación de intereses, incluso dentro del amor. Calisto no es, como quería verle a Zorín, un místico ensoñador. Es, como ha visto hace poco Rafael Lapesa, además de insensato, un ser egoísta que antepone su goce personal a todo sentimiento de gratitud con la vieja que le sirvió, y a todo deber de lealtad de señor.

Estudiando el comportamiento final del protagonista a través de su último monólogo, la pesa ha visto con sagacidad cómo Calisto, enterado ya de la muerte de sus servidores, no sólo relega su venganza, sino que su primer motivo de sobresalto es que los criados, antes de ser ajusticiados por haber asesinado a la infeliz Celestina, se hayan visto precisados de propalar su deshonesto concierto con la alcahueta. Antes, Rosa María Lida había visto ya con Gilman, entre otros, la ausencia de valores que refleja Calisto al orientar su conquista de la amada por el camino ilícito de la tercera. Pero en ello veía a la hispanista un recurso de denuncia por parte del autor ante un estatus social injusto, una incompreensión de las castas religiosas que convivían en la España de entonces y una hipocresía de los padres. Seguramente, y aquí la crítica a nuestro juicio se excede en su suposición, puesto que ni el autor ni ningún protagonista aluden a ello, Calisto no fue hacia Melivea a través de los padres, como es de esperar entre personas libres o a amistades comunes.

de otra laya que la de una alcahueta, quizás por tratarse de familias de casta religiosa diferente. Calisto sería cristiano viejo y Melivea perteneciente a familia de cristianos nuevos. Pero cabe pensar también en una impaciencia febril y apasionada en el galán. Esto estaría más de acuerdo con los propósitos declarados del autor de reprender la locura de aquellos que acuden a terceras y llaman Dios al objeto de su desbordada pasión. La interpretación de la Celestina como obra de denuncia es por demás acertada. Y ahí es donde revela Rojas su mundo interior en conflicto. Justificable es, a nuestro juicio, el ánimo de denunciar la hipocresía y los vicios de los cristianos viejos, los limpios de sangre según la Inquisición, cuando Sempronio, criado de Calisto, le recuerda a su amo entre citas de personajes del mundo pagano, vicios inconfesables de sus abuelos. Y el que aluda a sus abuelos que hay que suponer inmersos en un mundo cristiano, es un hombre que no se ha convertido en un hombre. Una carga, un alegato en contra del cristianismo.

muy adecuado en un judío. Los criados, por su parte, no son menos alegato contra la sociedad cristiana. Son aduladores de lo que en su ánimo es una pasión indigna de su amo y le ayudan guiados del ánimo de lucro que ha sabido despertarles Celestina. Son traidores porque le critican a espaldas suyas. Se pelean entre sí, celosos de un mayor favor en el compañero. Son rufianes cuando se entregan al placer con las muchachas protegidas y colaboradoras de la vieja prostituta. Son envidiosos de la poca aventura que ésta alcanza. Es verdad que este mundo rufianesco es heredero de los personajes de Plauto y Terencio, pero son algo más que el mundo plebeyo que subyace en toda comedia humanista, tal como ya había visto Menéndez Pelayo. Son un preludio estos criados que matan a Celestina para despojarla del broche con que su amo había pagado sus servicios,

insatisfechos con los propios beneficios, de esa visión terrible que Antonio Machado nos da del hombre español en su poema, Por tierras de la tierra. Por tierras de España.

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea, capaz de insanos vicios y crímenes bestiales, que bajo pardo sallo esconde un alma fea, esclava de los siete pecados capitales. Los ojos siempre turbios de envidia y de tristeza, guarda su presa y llora la que el vecino alcanza. Nos parece disculpable la deslealtad con el amo, con una cierta concesión a su resentimiento de clase, más manifiesto en las mozas del partido que vive en la ciudad. El hombre es un hombre que vive bajo el techo de Celestina y también más justificado por la ínfima condición moral fácilmente presumible en este tiempo.

tipo de vidas. Ahora bien, Celestina y sus muchachas dan una muestra de envidia por los de la clase social más elevada, representada en los amantes Calisto y Melivea. Una envidia en cierto modo reconfortante, porque aunque las expresiones insidiosas de las rameras para rebajar los encantos de Melivea nos resulten grotescas, dan por otra parte un ejemplo de solidaridad de clase verdaderamente laudable. No así Parmenois en Pronio, los criados de Calisto, unidos tan solo en la lascivia y en la envidia, no ya de su amo, sino de la propia Celestina, con la que han colaborado en la perdición moral de Melivea. La autora de este comentario, en un estudio sobre los caracteres comunes de la literatura hebreo-española, presentado en el Congreso Internacional sobre la Celestina, al que antes aludíamos, afirmaba que el único personaje que se salva en la obra, el único que atrae por entero nuestras simpatías incondicionales, pese a su dedicación a una profesión en sí reprochable, es precisamente la de la laudación. La autora de este comentario, en un estudio sobre los caracteres comunes de la Celestina, por entonces pensaba que Melivea no fue la única que se ha ido a la vida.

vista con amor por Fernando de Rojas frente al parecer de Rosa María Lida. El suicidio no es una afirmación de libertad humanística como afirma Rosa María Lida, es algo más y algo menos. Por una parte, como podríamos ver en su parlamento previo a la entrega amorosa del huerto, Melivea es, a pesar de su apasionamiento ciertamente lírico, cultivadamente reflexiva y consciente de sus actos. Se ha llamado a sí misma sierva y cautiva de su amante con un atrevimiento poco común en boca de una mujer de su tiempo y se ha apropiado el lenguaje trovadoresco del varón, revelando un alto grado de cultura que después reafirmará en su parlamento final, aludiendo a la esmerada educación libresca que había recibido. Pero después nos mostrará que este apasionamiento, este raptó lírico, no la impide conservar con lucidez la noción de que al entregarse pierde lo más estimado en una doncella de su tiempo y que no tiene marcha atrás. El apasionamiento de Melivea es un gran apasionamiento, y es un gran apasionamiento para la vida de la mujer. El apasionamiento de Melivea es un gran apasionamiento para la vida de la mujer.

No quieras perderme por tan poco deleite y en tan poco espacio, que las malfechas cosas, después de cometidas, más presto se pueden reprender que enmendar. Música Música Y es el temor a la deshonra lo que más tiene en cuenta a la hora de arrojarse al vacío. Pero hay más. Melivea, al llorar la muerte de Calisto, lo primero que se le ocurre es que Calisto ha muerto sin confesión, es decir, le da por condenado. Tanto en la entrega amorosa en el huerto como en su suicidio, sentimos que Melivea se mueve bajo el hilo de lo fatal, que va venciendo todos los resortes de la desventurada doncella. Nos atreveríamos a afirmar que no es a ninguno de sus personajes a quien apunta Fernando de Rojas, sino a la deshonra.

al creador. No es Melivea una precoz humanista, sino aún más, precoz romántica, o como ya ha visto Cejador, una heroína vencida por un fátum sin redención. Melivea se nos aparece entonces como un muñeco inerte en este mundo de bajezas morales, sin más camino para su propia exaltación que seguir voluntariamente lo que ella entiende como condenación eterna. Es, como después en su lamentación dirá Pleberio, su padre, una víctima del eros terrible que rige el mundo. No es una afirmación de la voluntad frente al destino. El suicidio de esta enamorada es la afirmación de una impotencia, porque para Rojas el mundo está mal hecho. El único personaje que, desde un punto de vista esperado en un jurista, y especialmente en ese momento en que brota ya el renacimiento, el único personaje que, pese a ser en sí una lacra social, recibe una muerte digna, es precisamente Celestino.

Celestina, la única además que es llorada con verdadera generosidad por sus protegidas, Elicia y Areusa. Hay que considerar que Celestina no muere a manos de la justicia, ella no paga con su muerte ningún delito, muere a manos de dos envidiosos y ambiciosos, pero muere defendiendo un principio de justicia, a cada cual lo suyo, y suyo era lo que Calisto le había dado en pago de sus servicios, servicios que ella estima profesionales con un sentido un poco cómico si se quiere de su profesión en sí, pero que si lo miramos bien encierra una gran dignidad. No es que abogemos aquí y Dios nos libre por los menesteres a que Celestina se dedica, pero algunos no dejan de tener una cierta simpatía. Es dicho con palabras de Pármene, lapidaria, es decir, que estudiaba las propiedades curativas no sólo de las piedras sino de las plantas, es cura niños, preciosa palabra para designar lo que hoy llamamos pediatra, es estrellera como en la corte que imagina el castizo arcipreste que poseía en su casa según cuenta Pármene a Calisto.

Calisto, un verdadero laboratorio de droguería, aunque ciertamente inundado de corazones de ciervo, dijes y amuletos. Ella representa no ya la vieja sabiduría popular por la que hoy sentimos una general aceptación, sino para Rojas, que era judío, la tradición científica de sus antepasados un poco venida a menos. Sus mañas nos recuerdan por sus conocimientos de la farmacología los viejos saberes de los médicos de Alfonso X el Sabio. Utiliza el alumbre como anticonceptivo. Fernando de Rojas hubo de conocer toda aquella sabiduría de los médicos judíos que a través de los textos alfonsíes y de otros menos antiguos nos dan la sensación que tenían de su profesión una idea sacerdotal, aunque entrañada en el pueblo. Y sacerdotal es, a fin de cuentas, como siente su profesión celestina. Ella acepta lo duro de su destino con una gallardía estoica que no posee ni en sueños melibea. En otra ocasión decíamos, ella, sin proponérselo, es el que más se le ha hecho.

centro y eje de todos los personajes que giran en torno suyo, creyéndose dueños de su destino. Es cierto, a todos los mueve ella, sacerdotisa de Eros, del amor. Por eso oíamos al principio, en las palabras de Pármene, que para Celestina no era agravio, sino orgullo, que se le aplicara como denominación lo que para cualquier mujer que se precie de su condición es el más terrible de los dicterios. Anda equivocada, errada en los juicios de valor, según nuestro recto sentir de las cosas, de la moral, y hacemos hincapié, porque pudiera ser que nuestra defensa de Celestina pudiera implicar un sentido de la libertad que distamos bastante de compartir. Pero no tenemos más remedio que rendirnos ante sus cualidades humanas. Vieja ya, nos es muy fácil imaginárnosla, tal como nos la describe Rojas,

aldeando, combatiendo el frío de Castilla y el frío de la ciudad. El frío de los años, como garbosamente dice ella misma. Sabe engañar con destreza.

porque ese es el oficio con el que, entre otros, consigue su liberación de la servidumbre, que según su peregrina filosofía es mantener honra. Y no sólo capta la voluntad de la incauta Melivea, sino también la nuestra con el sabio equilibrio con que conjuga los largos parlamentos de una erudición, en ella cómica, con los refranes, dichos populares y chascarrillos de la más viva afectividad. Todo esto, al fin, no sería sino una secuela de la comedia humanística italiana, si el trágico fin de la Alcahueta no recabara especial atención nuestra. Efectivamente. Pocos críticos han reparado en que el final de Celestina, a manos de una en verdad plebe del espíritu, codiciosos, serviles y envidiosos, no pudiera interpretarse realmente como un holocausto de esta sacerdotisa de Eros. Sabido es que el holocausto es la vía más directa de sacralizar, sublimar una raza, un personaje. Celestina no muere víctima de su propia ambición.

esto hay que señalarlo bien. Al contrario que sus compañeros Pármeno y Sempronio, que dejan sólo al señor cuando le creen en peligro, siendo su obligación defenderle, ella cumple su promesa entregándole rendida la castidad de la dulce milivea que se le ofrecía Altiva, esquiva. Cumple con su oficio, tal como luego lo dirá muy gallardamente a los envidiosos servidores de Calisto. He aquí el estoicismo cuando es vituperada por el moralizante pero después traidor y desalmado Sempronio. He aquí cómo justifica su oficio. Háblame de mantener del viento, heredé yo otra herencia, en esta ciudad nacida, en ella criada, manteniendo honra. Este mantener honra es sin duda gozar del libre albedrío de que no gozan los que se han perdido.

sirven a un señor. Después lo defenderá en el acto 12, último en que aparece. ¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitaste me de la putería? Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco. De mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón. Sin duda, ella alude a que fueron ellos quienes solicitaron sus servicios junto a Milivea por encargo de Calisto, quien a su juicio debe pagarles y junto a Elicia y Areusa en su propio prostíbulo para ellos mismos, a las que ella mantiene y con lo cual cree saldado todo compromiso de colaboración. Ella, lo mismo que después el venerable Pentecostés, se ha convertido en un hombre de la vida. El padre de Melivea mantiene la creencia como así nos parece en general.

de que es el amor la gran fuerza que rige el mundo. Y es aquí donde se nos aparece la visión pesimista y conflictiva del mundo por parte de Rojas. El amor es una fuerza destructora y no creadora. Lo afirma elegíacamente Pleberio y el sacrificio de Celestina lo confirma. Y decimos que el sacrificio de Celestina y no de Melivea, porque ella, Celestina, es la depositaria de la sabiduría del amor en todas las posibilidades humanas. Ella entiende la irritación de Melivea como síntoma de insatisfacción con verdadera perspicacia clínica. Y con dignidad médica, con una cautela realmente admirable, afirma. No a cirujano que a la primera cura juzgue la herida. Pero ni Celestina ni Pleberio ven la posibilidad de escapar a su poder. No posee Rojas la visión del cristiano que identifica a su padre como un hombre.

identifica una de las fases divinas con el amor. Celestina por su parte invoca a Plutón para que la asista en su ministerio cuando acude a casa de Melivea. Plutón que en las creencias

paganas era quien gobernaba los infiernos. Es decir, el amor es identificado con el principio del mal. Que así lo piense ella nos parece coherente aunque condenable. Celestina es una hechicera, una bruja marcada según Pármeno con el chirlo de lo diabólico. Pero ¿y Pleberio? En el planto por su hija viene a confirmarlo con unas reflexiones que son las del propio autor. Todo ello revelaría una concepción del amor muy medieval que tiene más de judaico que de cristiano. En esta concepción no ha entrado ni la visión cristiana del universo ni el concepto platónico del amor petrarquista en el que la mujer es el camino de la divinidad. Aquí no sólo por las admoniciones de tipo moralitario, de parmenó, criado de calisto, sino porque a ello nos induce rojas. La mujer como para el arciapiélago

preste de talavera en el corbacho, la mujer, repetimos, no es ya fuente de pecado sino la única que realmente se levanta contra el creador. Celestina asociándose con el mal, Melivea suicidándose, destruyéndose. Por más que Fernando de Rojas nos hable de su cultura humanística a través de todas las citas de Ovidio, su seguimiento en parte de la teoría de Petrarca en Der Remedis Uriusque, Fortune, nos resulta difícil obtener una visión equilibrada, feliz, propia del idealismo siquiera hedonista del universo. Él ha interpretado con el materialismo, a fin de cuentas propio del espíritu judaico, la frase bíblica, lucha es la vida del hombre sobre la tierra, que dijo Job. Este atenerse a la letra fue lo que superó el cristianismo y también el movimiento del dulce estilo nuevo en la lírica, que llevaría a la posición sublimadora del amor en un Petrarca y en un Dante y en España un Garcilaso de la Vega y sobre todo nuestros grandes místicos, viendo en

el amor la faz más adorable del creador, pero no en cuanto fuente de placer propio, sino como camino de perfección. De ahí que la belleza de la Celestina, como obra de arte, no consista precisamente en una sensación de íntima armonía, sino por el contrario, en impresión de conflicto, de caos, de guerra. Américo Castro lo ha considerado una manifestación artística de un estado general de conflicto en las conciencias españolas, como un resultado de la pugna entre las castas religiosas, la islámica, la judaica y la cristiana, que no sólo no fue resuelta con el establecimiento del tribunal del santo oficio, es decir, la Inquisición, sino que, según él, llegó al paroxismo. Sin embargo, no nos convence lo de la represión de las conciencias, pues la Celestina, que observada con un espíritu suspicaz podía verse interpretado incluso como un canto al principio del mal, fue tan difundida rápidamente y tan bien acogida que su mismo amor por la Iglesia de Cristo, como un gran acto de la Iglesia de Cristo, no se ha podido itkat seyre que el autor que la había lanzado en un principio de la Iglesia de Cristo, que se llama el Bright Shoulder Magazine, ya blazeaba sobre la Iglesia en laesqu聽 textos y incluso se dice dejar de este antisípacko del bárbaro passergolio que lo hizo verse en un misterio de la Iglesia de Cristo. queaka, se aferría a cmagu que tenerlo frames가 que en Regina, en Latinoamérica, es igual a Med bountyIZA y esto estaba acogía en esta acta experiencial como cambio de trazo y ahí está vivo en este caso l circle y donde se u C e me

en un tímido anonimato, se decidió a declararse padre de la criatura en la segunda edición para que nadie se la atribuyese por suya. No sería tan fuerte la opresión del pensamiento cuando prevaleció la naturaleza artística sobre la naturaleza ideológica. Como obra de arte, la Celestina es insuperable. Los personajes se van perfilando con el cizagueo psicológico de las criaturas vivas. Las situaciones han sido concebidas con un realismo tan artístico que apenas notamos el artificio. El lenguaje cultista y refinado de los señores es el que corresponde a una visión elevada del mundo, y es el que nos permite ver la realidad. Es el

que cabe esperar en los privilegiados de la fortuna en aquel momento en que el renacimiento se abre paso y tiene su contrapunto exacto en la lengua desenfadada de las meretrices y en las reflexiones carregantemente pedantes de los...

creados. Los parlamentos largos se ven aligerados con el diálogo vivaz y los refranes y dichos populares que insertan con una maestría que nunca sus muchos imitadores, entre ellos Lope de Vega, han podido ni igualar. Asombra observar cómo un pensador tan pesimista, como se ha dicho fue Fernando de Rojas, se revele por otra parte tan sensible a los encantos de la vida. Porque si Celestina, la genial alcahueta, por sobrevivir es capaz de asociarse con Plutón, es decir, el equivalente en la cultura griega de Satán en nuestra lengua, y llega incluso a caernos bien, Melivea en la escena del huerto pierde la castidad con tal encanto, con tal lirismo, que nos desgarran el alma cuando la vemos después suicidarse. Larga sería la nómina de autores que se han inspirado para sus comedias o novelas en la sin par Celestina. El huerto de Melivea ha inspirado, entre otros, a Guillén en una serie de cántico y quién sabe si a lo divino no inspiró también a San Juan. Juan de la Cruz

para su ameno huerto deseado del cántico espiritual. Por lo pronto es la primera mujer, la primera dama, que en español desvela no sólo su cuerpo, sino su alma ante el amado. Y lo hace con tan encantadora dulzura que no nos resistimos a la tentación de cerrar nuestras reflexiones sobre la tragedia sin oír sus palabras. Oh mi vida, eh mi señor, ¿cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite? Esta pregunta de Melivea, la de la dulce voz que eso significa Melivea, nos lleva a preguntarnos, ¿sería el trampolín para Teresa de Jesús en su lanzamiento a la búsqueda de un amor sin duda? ¿Sería el trampolín pérdida de la corona de virgen y no de deleite fugaz, sino de placer eterno? Porque pocos han reparado en que estas palabras de Melivea son líricas por ser precisamente

el rayo de luz que ilumina toda la obra.